tiene —como el de otros grandes temas— la servidumbre gloriosa de traer a palestra resortes hondos de nuestra propia intimidad; lo que no es seguramente la menor causa de la vitalidad de tales asuntos. Para el lascasiano, esta compilación se ofrece en adelante —huelga ya decirlo— como una de las indispensables bases de partida.—JUAN PÉREZ DE TUDELA BUESO.

LA NOVELA EN ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

El interés por nuestro siglo XIX es de signo creciente. La aparición de la segunda edición corregida del libro de José F. Montesinos *Introducción a una historia de la novela en España, en el siglo XIX* (Editorial Castalia, Madrid, 1966), lo corrobora. Hasta ahora era normal adoptar una postura beligerante ante la centuria pasada —quizá por ser el origen próximo del tiempo presente, porque sus problemas no han sido aún resueltos—, ya negando, ya afirmando absolutamente su importancia dentro de nuestra evolución histórica. Desde hace poco tiempo, esas afirmaciones apasionadas comienzan a ser sustituidas por investigaciones objetivas —quizá por las mismas razones, porque al ser el origen próximo del presente, en el que se debaten aquellos problemas no resueltos, han comprendido las mentes más lúcidas que no es polemizando dogmáticamente, sino investigando con rigor como se pueden resolver—. La obra de Montesinos es uno de esos trabajos rigurosos.

No se propone José F. Montesinos realizar la historia de la novelística española, solamente su introducción, y especialmente hasta la mitad del siglo XIX, no durante todo él. Estudia con este motivo la historia y vicisitudes de la novela extranjera en España, sus traducciones, ediciones, éxitos y fracasos. El tema es fundamental por ser la novelística española de estos años excesivamente parca, cuando no completamente inexistente, en opinión del autor, y los gustos del lector se orientan por las novelas extranjeras. Y cuando las nuestras empiecen a adquirir cierto desarrollo —lo cual va unido al triunfo de la burguesía como clase rectora— deberán tener muy en cuenta esa producción exterior: «La novela española moderna tenía que rehacerse en el vacío o adoptar los aires de fuera. En el vacío o con inspiraciones ajenas hubo de hacerse toda la cultura española de estos tiempos, y así se frustró hasta el empeño de los más exquisitamente dotados, que habían de ilustrarse a escondidas, leían a escondidas, tenían que escribir no lo

que estaba en su voluntad o sólo algo de lo que necesitaban decir» (página 38).

Mas, inexistencia de novela no quiere decir, en absoluto, languidez editorial. Muy al contrario, la vida editorial es de lo más floreciente, las traducciones, buenas, malas y muy malas, son numerosas, y la influencia de los asuntos y temas novelescos sobre otros productos de consumo masivo es grande, según lo demuestra la existencia de aleluyas que recogen argumentos de folletos y novelas en general («El judío errante», «Robinsón», etc.). El folletín es el gran éxito de la industria editorial. El triunfo de Dumas y Eugenio Sue es apoteósico, a su lado todos los demás autores pierden relieve. Y es en este género, y más concretamente en Sue, donde en nuestra opinión entronca la novela española del XIX. La presencia de Wenceslao Ayguals de Izco con sus series histórico-tremendistas, iniciadas con *María, la hija de un jornalero,* es la primera nota destacable por su importancia —desde un punto de vista histórico-social, ya que no estético o puramente literario—. Claro que en Ayguals no se descubre sólo la influencia de E. Sue, con ser ésta mucha y determinante, sino también la de la novela histórica, advirtiendo que convierte la historia en crónica contemporánea, o, cuando menos, toma como argumento de su historia los sucesos recientes, olvidándose del pasado lejano. A su modo, Ayguals es el autor de los primeros episodios nacionales del siglo XIX, hecho que no ha sido suficientemente analizado por la crítica. Afirma Montesinos refiriéndose a Sue que «pocos dieron importancia a las tesis o doctrinas sociales que el autor pretendía inculcarles, aunque algunos de sus más fervientes promotores, como Ayguals de Izco, le jalearon muy a sabiendas de lo que hacían» (p. 93) (1). Sin embargo, parece difícil aceptar completamente las palabras del autor y sustraerse a las pretensiones de Sue o, más aún, a las de Ayguals. Leyéndole, observamos que el tema no es sólo una narración orientada liberalmente de los acontecimientos histórico-políticos del momento; el argumento sirve sólo de hilo conductor para enjuiciar la realidad política, reforzando el juicio con el tono moralizante y demagógicamente tremendista. La realidad política no es sólo el horizonte o transfondo de un argumento particular, es el verdadero asunto de la obra. El mismo novelista procura fijar los límites de su postura: «No es nuestro ánimo abogar por esa igualdad absoluta, por esa nivelación de fortunas con que algunos frenéticos han querido halagar a las masas populares. Lo que nosotros deseamos en favor del

(1) Escribe AYGUALS en su introducción a *María, la hija de un jornalero* que su intención es «abogar, cual vos [E. Sue], por las clases menesterosas, realzar sus virtudes, presentar el vicio en toda su deformidad, ora se oculte haraposo en hediondas cavernas, ora ostente bordados y condecoraciones en los salones del gran mundo, ora vista sacrílegamente la modesta túnica del Salvador».

pueblo es la igualdad ante la ley: castigo contra el delincuente, no contra el pobre; justicia en pro de la inocencia, y no consideraciones al rico; derechos sociales en todos los españoles; voto en todas las cuestiones para los hombres honrados. Nadie con más convicción que nosotros califica de absurdo crasísimo, de ridículo imposible, la idea de querer nivelar las fortunas de todos los ciudadanos. Aun cuando un poder sobrenatural lograse llevar a cabo tan arbitraria nivelación, breves días serían suficientes para volver a la inevitable desigualdad que ha existido siempre entre las clases e individuos de toda sociedad» (2).

Esta cuidadosa puntualización es propia del liberalismo burgués, ferozmente virulento, por otra parte, en su anticlericalismo. Las denominaciones a los ministros de la Iglesia son siempre injuriosas: en la página 12, «avechuchos con faldas»; en la 13, «langosta destructora»; «hombres embusteros» en la 14, también en ésta habla del «despotismo teocrático»; en la 16, de sus «torpes deseos», etc. Si Ayguals tuvo éxito —e indudablemente lo tuvo según pone de manifiesto su constante actividad editorial y las ediciones de sus novelas— con una demagogia tan ruda, la afirmación anterior de Montesinos es, cuando menos, debatible. Su aceptación supone, paradójicamente, la negación de su sentido, pues si el lector no se impresionaba con estos términos, es que eran perfectamente naturales para él, dicho de otra manera, estaba politizado naturalmente. También cabe pensar que el enfoque político-demagógico dado por Ayguals a sus escritos no tuviera como destinatario el lector medio, sino a la burguesía liberal politizada —recordemos que en su calidad de comandante de la Milicia, el escritor podía tener cierto prestigio en estos medios (si bien es tesis discutible tras leer las impresiones de Borrow sobre esa institución)—, mas, en cualquier caso, los folletones iban a todos y a todos gustaban. No se limitaban a la narración de aventuras más o menos extraordinarias (y después volveremos sobre el tema). Por debajo, y en ocasiones explícitamente, surge una concepción política y social que el lector no puede ignorar, que continuamente interfiere la acción narrativa, la sustenta y llega a suplantarla. Las numerosas protestas que suscitó *María, la hija de un jornalero,* que su autor recoge y contesta en *El palacio de los crímenes,* es prueba de que tal concepción no pasó inadvertida.

Creo que en este punto podemos enlazar la novela española con antecedentes literarios españoles. Según esto, el folletín no surge exclusivamente por la influencia determinante del extranjero —que, tras los datos aportados por Montesinos, comprendemos—, sino también merced a cierta influencia, directa o indirecta (dilucidarlo sería cuestión trabajosa que ahora no vamos a emprender), de la literatura política y social

(2) *María, la hija de un jornalero,* p. 92.

que se venía haciendo en el país. Literatura que no puede confundirse ni mezclarse con la novela, pero que, desde luego, se acerca mucho al relato. Aportemos algunos datos, no con intención de corregir a Montesinos —pues mal se puede corregir en aquello que no se ha propuesto—, sino con objeto de contribuir a una tarea que parece sobrepasar las posibilidades personales.

Dos muestras principales pueden ofrecerse de esta literatura. En primer lugar, aquella de carácter más o menos costumbrista-tremendista, ligada a la picaresca clásica, que suele aparecer en torno a la descripción de ciudades, especialmente Madrid, pues la Corte parece tener enorme atractivo para escritores y lectores. Los libros y folletos que sobre este particular se publicaron fueron numerorísimos, entre los primeros recordamos ahora *Viaje de un curioso por Madrid,* de Tapia, Fuentenebro, Madrid, 1807. Entre los segundos, más interesantes porque son más populares, tienen un tono folletinesco y son menos conocidos, hemos visto: *Madrid, bosquejo de esta villa capital y de las costumbres de sus habitantes; en forma de carta que envía un extrangero residente en ella a otro amigo suyo,* imprenta de D. Eusebio Alvarez, Madrid, 1823, en 8.º (3); *Mis ratos perdidos o ligero bosquejo de Madrid en 1820 y 1821,* imprenta de D. Eusebio Alvarez, Madrid, 1822, en 8.º (4); etc. Este tipo de literatura posee, como decimos, un carácter popular muy marcado, como lo muestra su utilización por las aleluyas (5), sin detrimento de su origen burgués y, aún, selecto, pues aparecen libros franceses similares y otros españoles cuidadosamente presentados y de buen precio. Es el antecedente directo de la narrativa costumbrista de Antonio Flores y los escritores románticos de *Los españoles pintados por sí mismos.* Tampoco deberíamos olvidar las numerosas descripciones costumbristas que aparecen en las revistas románticas, especialmente las editadas por la *Sociedad Literaria* de los hermanos Ayguals de Izco, ni las que publican revistas anteriores, como el *Regañón general o tribunal catoniano, de literatura, educación y costumbres,* Madrid, 1803, o los folletos satíricos del tipo *El lechuguino*

---

(3) He aquí un ejemplo de su estilo, típica descripción costumbrista del momento: «Los pordioseros y mendigos son en gran número, en vano se ha intentado diferentes veces recogerlos, no sé por qué fatalidad jamás se ha podido conseguir; ello es que por todas partes los encuentra Vd. impidiendo el paso, sentados en medio de las aceras, con tres o cuatro chiquillos alquilados, unos sin brazos ni piernas, otros presentando llagas asquerosas capaces de levantar el estómago más robusto...» pp. 11-12. Se encuentra este folleto en el legajo 113 de los papeles del reinado de Fernando VII —aunque pertenece al legajo 97— que hay en la Biblioteca Nacional de Madrid.

(4) Se encuentra en el mismo legajo que el anterior.

(5) En el Museo Municipal de Madrid hemos podido ver muchas de estas aleluyas, entre las que cabe destacar los números siguientes: 15.229, 15.207, 2.974, 2.357, 2.353, 2.352, 2.365, etc.

à la dernière, Barcelona, 1830. Es todo un género literario cuyo origen, desarrollo e influencia está aún por estudiar.

En segundo lugar, dentro de esta división general, es menester ocuparse de la literatura satírico-política en los primeros años del siglo, impresa muchas veces en las numerosas revistas que aparecieron en los períodos liberales, pero también como folletos por entregas. El más interesante de los últimos es el debido a Sebastián Miñano, que lleva por título *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán que estaba acostumbrado a vivir a costa agena,* Madrid, 1820 (6), sin olvidar los restantes opúsculos del mismo autor (7). En los *Lamentos,* Miñano no sólo hace una sátira política de la sociedad de la época, sino también una crítica de costumbres, género en el que le clasifican algunas historias literarias. Su anticlericalismo, simultáneamente político y costumbrista, lo sitúa en un marco descriptivo de gran viveza y colorido, por lo que los *Lamentos* son como una pequeña novelita en que dos personajes ficticios intercambian una correspondencia con comentarios, reflexiones y narraciones de los acontecimientos que suceden o sucederán con el advenimiento de la Constitución. Situar la política en el marco de las costumbres, es también propio de los periodistas políticos, como los que escriben en *El Zurriago* o *La Tercerola.* Y muchas de las posteriores sátiras de *Fray Gerundio* y *Mata-Moscas* son pequeños cuentos más que artículos de ideas. A pesar de que la politización de la realidad está muy desarrollada, el periodismo político juega con ideas muy elementales y parcas. Al debate ideológico prefiere la narración zahiriente que refleja sucesos o modos de vida por todos conocidos. De ahí su proximidad a la literatura de creación, a la que, en parte, sustituye ventajosamente.

Cuando Ayguals inicia *María, la hija de un jornalero* como crónica histórica de aquellos años agitados, adopta la misma postura que estos autores, pero su calidad es mucho menor. El esquematismo político de que hace gala, la división de la sociedad en buenos —liberales, milicianos, jornaleros, mujeres del pueblo, etc.— y malos —ricos, rufianes, bandoleros, banqueros, etc.—, la exageración de los asuntos sin un equivalente aumento de interés por la psicología del protagonista, y sin crear una atmósfera en que esta exageración sea convincente, son notas que

---

(6) Existe una edición en la *Biblioteca de Autores Españoles,* tomo LXII, y hemos reeditado la obrita en la colección «Los Clásicos», de la Editorial Ciencia Nueva.

(7) Por ejemplo, las «Cartas de *El Madrileño*», publicadas en *El Censor,* o las *Cartas de don Justo Balanza al Pobrecito Holgazán,* aunque de menos interés que los *Lamentos.*

MONTESINOS hace una alusión a Miñano en la página 19 de su *Costumbrismo y novela* (Ed. Castalia, 2.ª ed. Madrid, 1965), y es una pena que no haya ahondado más en este autor.

le hacen inferior a sus «predecesores», tanto españoles como extranjeros. En este sentido, la influencia de E. Sue puede ser calificada de nefasta, pues alimentó una novela lacrimosa que sacrificaba la calidad en aras de la demagogia, mientras que los escritores políticos y costumbristas españoles anteriores, aun siendo demagogos, ponían una verdad, en su exceso, que les hace incomparablemente mejores. De cualquier manera, no creemos que el folletín, y menos el de Ayguals, sea un arte de evasión, aunque Montesinos lo afirma taxativamente: «... en la lectura del cual todo el mundo ha adoptado siempre la actitud de la adolescencia ante las aventuras extraordinarias. Creo que este modo de actuar y de reaccionar, común a los lectores, explica que las mediocres novelas españolas de entonces sean, o simples plagios, serviles imitaciones de ficciones sentimentales extranjeras —un modo de evadirse de la realidad—, o novelas históricas, evasión también. Y que el único sucedáneo de la novela contemporánea, atenta a las circunstancias actuales, que consigue alguna vitalidad entre nosotros, que aún guarda cierto carácter y presenta una originalidad relativa, el costumbrismo, tenga en la época romántica esa índole irónica que lo hace parecer una evasión a medias» (p. 117).

Hay, ciertamente, un sentido grande de lo extraordinario, sin el cual sería difícil concebir el género, pero este sentido de lo extraordinario no aleja al lector de su mundo en el caso de Ayguals. Por el contrario, separándole de la rutina cotidiana, le proporciona la clave (lo que considera tal) de los acontecimientos, que posiblemente no atiende a diario, pero que sufre. El novelista no es un mago que le lleve a otro mundo, es un mago que le permite «comprender» éste, le indica la posición de cada uno, la maldad encubierta de algunos, la inocencia tras los harapos de otros, etc. Pretende ofrecerle una imagen más profunda de lo cotidiano, pero no va más allá —por la debilidad del género— de un esquema tremendista y demagógico. Esquema simplista que no logra captar la realidad en todos sus matices y particularidades significativas, pero que, evidentemente, no pretende escapar a ella. Habrá lectores que se dejen llevar del movimiento de la acción, pero, en el caso que nos ocupa, difícilmente escaparán a las alusiones directas que el autor verifica. Lo extraordinario, pues, no debe ser entendido en el folletín como una evasión de la realidad, sino como un intento de profundización en sus capas más ocultas. Sí es evasión de la pobre realidad cotidiana, rutinaria, inmediata, de un lector vulgar, pero intenta explicar aquellos acontecimientos que condicionan y mantienen esa cotidianidad. Incluso en folletinistas despolitizados, o no tan politizados como Ayguals —Nombela, Pérez Escrich, etc.—, pueden advertirse esas pretensiones de profundidad. Las grandes ideas que maneja Pérez Escrich, los grandes sen-

timientos morales, no son sino el arquetipo de los sentimientos cotidianos desprendidos de ganga y elevados a una altura en que todo matiz, toda impureza, todo humanismo, es prohibido. Y el lector debe ver —en el planteamiento del autor— las ideas, la moral, los sentimientos, como reflejo (deformado, encogido, pero reflejo al fin) de esos arquetipos. En la evasión hay pues una vuelta a la realidad, lo que hace de esta literatura de entretenimiento algo más que puro entretenimiento o mero sueño.

La tesis es arriesgada, pero creo que puede sostenerse y dar juego en una explicación de la novela popular y de la novela española del siglo XIX, especialmente el folletín. Aún podemos fijarnos en otra cosa que me parece la respalda y ayuda a comprenderla. Suele darse por sentado que ésta es literatura de entretenimiento y, como tal, de evasión. Pero si la comparamos con la literatura de entretenimiento de la alta burguesía, con la literatura esteticista, que no tiene otro objeto sino entretener con los juegos formales, advertimos obvias diferencias. Las mismas diferencias que hay entre el modo de entretenerse una clase y otra. Mientras que la literatura popular de entretenimiento es una acumulación de sucesos, es decir, acontecimientos no rutinarios, pero sí naturales, para esa forma de vida los más interesantes, la lectura burguesa de entretenimiento ocupa al lector que degusta los caracteres formales y narrativos, pasando el suceso a un segundo plano. Aún más, puede entretenerse el burgués con una obra popular, con ese rápido acumularse de sucesos y esquemas simples que los explican, pero no debemos interpretar esa literatura de acuerdo a esa lectura, que no es su destino propio (en cuanto popular), pues el nivel cultural de ese lector le permite desechar todos esos esquemas por su simplicidad, leerlos como una curiosidad, divertirse con algo que le excede, atendiendo así a la narración como a una serie de aventuras extraordinarias, una imaginaria fabulación sin verdadera conexión con la realidad.

En general, pienso que es menester reemprender el estudio de la literatura y el arte populares y, para ello nada mejor que nuestro siglo XIX, fecundo en este tipo de géneros. El trabajo de Montesinos, su aportación bibliográfica especialmente, es pieza fundamental de ese estudio.—VALERIANO BOZAL FERNÁNDEZ.